

se habían vendido al papa, y en la nobleza, embrutecida en una salvaje guerra civil, la burguesía, elevada por su esfuerzo propio, quiso representarlas y convertirse, llena de arrogante confianza, en su símbolo y en su defensora.

El régimen municipal floreció en Alemania y alcanzó gran importancia en la historia universal en la misma época en que el de Italia se extinguía por completo á consecuencia de las luchas entre welfos y gibelinos. Dentro de sus murallas, las ciudades alemanas crearon el santuario de la libertad nacional, mientras que las italianas, que un siglo antes habían sostenido una gloriosa guerra de independencia contra un gran soberano alemán, sufrían la maldición de su alianza con el pontificado, hostil siempre á la verdadera vida nacional, viendo perdida su libertad y encontrándose, en definitiva, sometidas á la dominación opresora de déspotas militares. Así como hasta entonces la suerte de Italia había dependido esencialmente de sus ciudades, á la sazón este predominio, en virtud de la evolución que se realizaba, pasó á otras manos, mientras que en Alemania se observaba la tendencia enteramente contraria, y la clase media tomaba, desde la ruina de la organización feudal, la dirección del desenvolvimiento general de la nación. A su burguesía debió la Alemania, en la catástrofe que siguió á la caída de los Staufen, el librarse poco á poco de los lazos de la política pontificia y el conservarse como cuerpo político unido bajo distinta forma que hasta entonces, es cierto, pero de un modo tal que facilitaba en un momento dado la defensa eficaz de los intereses de las distintas partes del imperio, aliadas entre sí, aunque de una manera poco estrecha todavía.

El contra-rey Guillermo de Holanda había adquirido gran importancia en Alemania desde la expedición de Conrado IV á Italia. Por su casamiento con la hija del duque Oton de Brunswick (enero de 1252) atrajo á su causa á los caudillos del antiguo partido welfo, consiguiendo ser reconocido por el norte de Alemania, que hasta entonces había permanecido apartado de él, no sin que tuviera que sacrificar una parte de los ya disminuidos bienes del imperio para comprar con sus prodigalidades á los príncipes, cuyo único afán era acrecentar sus respectivos dominios. Con tal conducta se desprendió de los únicos medios de consolidar su autoridad y se puso bajo la opresora dependencia de la curia romana, cuyo favor procuró además atraerse por medio de una devoción fingida. Este monarca no gobernó propiamente el imperio, pues aun cuando á la muerte de Conrado IV muchos partidarios de este se consideraron relevados de todo deber hacia la casa de los Staufen y reconocieron por rey legítimo á Guillermo, y aunque abrazaron su causa las ciudades del Rin, que hasta entonces habían permanecido fieles á los Staufen, Guillermo no ejerció influencia alguna en los asuntos del imperio, y cuando trató de ejercerla se encontró con la resistencia de los príncipes eclesiásticos, especialmente del arzobispo de Maguncia, que si bien quería nombrar reyes no quería prestarles obediencia. En vista de esto, el joven y caballeresco conde acabó por cansarse de atender al desagradado reino y prefirió emplear sus fuerzas en provecho propio. Por esto se enredó en las luchas que desgarraban entonces á los Países Bajos, territorios fronterizos de su condado; pero murió en 28 de enero de 1256, durante una campaña emprendida aquel invierno contra los frisones, ganosos de libertad, á los cuales quería someter á su soberanía.

En aquella época en que Alemania carecía de una autoridad política universalmente reconocida y en que los grandes y los pequeños podían satisfacer impunemente su afán de lucha y de rapiña, las ciudades del Rin, cuyo floreciente comercio era el que más de cerca sufría las consecuencias de tanto desorden, fueron las primeras en reunirse para evitar, por medio de la

conservación de la paz territorial, por lo menos en sus territorios, la ruina económica que las amenazaba. Esta unión, á la cual se adhirieron en enero de 1254 Maguncia, Worms, Oppenheim y Bingen, fué un nuevo y fructífero elemento para la reconstitución del fraccionado imperio. Habiendo entrado en ella la mayor parte de las ciudades del Rin, desde Basilea y Estrasburgo hasta Colonia y Aquisgrán, constituyóse en poco tiempo una gran confederación de ciudades rinianas, la cual, por el ingreso de muchos príncipes y magnates laicos y eclesiásticos, fué convirtiéndose en una potencia que traspasando las fronteras de las comarcas del Rin adquirió muy pronto voto decisivo en las cuestiones generales del imperio. Con esto quedaron rotos los diques que el emperador Federico II había opuesto al desarrollo liberal de las ciudades alemanas por medio de su legislación imperial: el ingreso de los príncipes del imperio fué en cierto modo el reconocimiento y la legalización de este hecho. Los intereses de las ciudades y los de los príncipes del imperio, hasta entonces antagónicos, no se habían reconciliado por completo, pero habíase reconocido que eran conciliables y que no se excluían los unos á los otros; quedaba, pues, indicado el camino por el cual podía llegarse á un arreglo y á una cooperación pacífica entre las diversas clases del imperio. Las ciudades de Alemania tomaron entonces, en cierto modo, á su cargo la dirección política de la nación. De aquí el incremento que pronto adquirió en este país el régimen municipal: entre los habitantes de las ciudades alemanas no solo florecieron el comercio y la industria, sino que renacieron el sentimiento patrio y la inteligencia política; y así como en otro tiempo los monarcas y los nobles alemanes, con sus expediciones militares á Italia y con las relaciones allí contraídas, habían puesto la vida intelectual alemana en contacto con la elevada cultura italiana, que era la que conservaba los restos de la antigüedad, á la sazón, durante los siglos XIV y XV, esta tarea civilizadora y de tan alta trascendencia fué desempeñada preferentemente por las ciudades del Sur y del Oeste de Alemania. El considerable tráfico que con Italia mantenían, por la mediación de Augsburgo y de Nuremberg especialmente, les proporcionaba algo más que ganancias materiales. En aquella época comenzó la construcción de los grandiosos templos, mercados, casas consistoriales y fortificaciones, que en parte son aun en nuestros días testimonios vivos del antiguo esplendor de las ciudades alemanas.

De la misma manera, por los mismos motivos y para los mismos fines que las ciudades del Rin, se unieron las del Norte de Alemania. De un convenio que en 1241 firmaron Hamburgo y Lubeck para asegurar el tráfico entre ellas, se fué formando poco á poco la gran liga anseática ó de ciudades de la Hansa, que no solo dominó el comercio hacia el Norte y el Este, sino que defendió con energía y éxito los intereses políticos de Alemania frente de los navegantes extranjeros. A ella se debió que, aun en aquellos tiempos de impotencia del emperador y del imperio, el nombre alemán fuese honrado en otros territorios. La liga anseática, por entrar en ella no solo ciudades libres como Hamburgo, Lubeck y otras, sino también algunas que estaban sometidas á la soberanía de príncipes laicos ó eclesiásticos, estaba llamada á proteger los derechos del régimen municipal y de la burguesía, que en él tenía sus raíces, frente de los príncipes y á hacer reconocer políticamente la fuerza económica de uno y otra. Abarcando, como abarcaba, desde el extremo Occidente hasta el lejano Oriente; contando, como contaba, en el número de sus miembros lo mismo á Amsterdam que á Reval, y extendiéndose como se extendía desde las orillas del Báltico y del mar del Norte hasta muy adentro del terri-

torio alemán, venía á constituir un eficaz contrapeso contra el creciente espíritu particularista de las distintas razas y comarcas y fué, en la época de su apogeo, la digna representante de la Alemania, que sin ella hubiera carecido de una representación única. Si las ciudades del Sur y del Occidente, por sus relaciones con Italia, lograron la situación que en los tiempos del imperio habían ocupado los reyes y su nobleza belicosa, en la Hansa puede verse á la digna heredera de aquellos príncipes que, con su cuidadoso pero no fatigoso trabajo, llevaron á Oriente la civilización alemana y proporcionaron á los ciudadanos y labradores alemanes una nueva patria en medio de los rudos eslavos. La Hansa, siguiendo el camino por aquellos trazado, honró el nombre alemán en el Norte y en el Este y atrajo grandes beneficios sobre los territorios que entraron en la esfera de su actividad; gracias á los comerciantes y marinos alemanes alcanzó la Alemania en aquellos territorios un poderío que no pudo tener en ellos ni en los tiempos de Federico I ni en los de Enrique el Leon.

Por desagradable que fuese el aspecto que ofrecía el estado político de Alemania desde mediados del siglo XIII, no cabe afirmar que en aquella nación habían llegado á una decadencia general ó habían perecido todos sus gérmenes vitales. El desenvolvimiento de Alemania seguía, á pesar de todo, su movimiento progresivo. Cierta que quedaron envueltos en las tinieblas los que hasta entonces habían sido considerados como representantes de la historia alemana y que se rompieron los lazos que habían sido hasta entonces preferente manifestación de la homogeneidad nacional alemana; pero en cambio adquirieron más libertad de acción y más importancia los elementos que hasta aquel momento se habían visto más ó menos excluidos de la intervención en la vida pública á causa de la presión de las clases predominantes. Nuevos elementos, nuevas fuerzas hicieron sentir su influencia, y se desarrollaron relaciones y formas nuevas, de suerte que, en conjunto, la vida del pueblo alemán ganó en consistencia y en consideración.

Dada esta idea del desenvolvimiento alemán durante aquel período de interregno, apenas podrá afirmarse que la política pontificia alcanzara entonces el éxito que esperaba. La curia no solo quería destruir la autoridad imperial sino que ansiaba también sumir á la Alemania, por medio de un sistema de excitación de las razas, príncipes y comarcas alemanas, en un estado de lucha de partidos y de guerra civil permanente, análogo al que reinaba en Italia; pero vió burladas sus esperanzas. La unión de Alemania é Italia, en otro tiempo deseada por Roma, luego realizada y últimamente combatida, había quedado definitivamente destruida, quedando así privados, para el porvenir, la monarquía y el imperio de su antigua importancia. A pesar de esto, el imperio alemán subsistía y el mismo pueblo de Alemania comenzó entonces á tener, frente de las maquinaciones pontificias, verdadera conciencia de su derecho. Aun los mismos círculos de sus príncipes, hasta entonces sobrado accesibles al oro romano, empezaron á conocer que por interés propio no podía aplazarse por mucho tiempo la restauración de una cohesión política dirigida por un rey.

Segun parece, la curia quería que Ottokar II de Bohemia representara en Alemania el papel que en Italia representaba Carlos de Anjou. Así como en Italia la curia procuró quebrantar las fuerzas de los italianos por medio de los franceses, de la misma manera, en Alemania, debían los eslavos destruir á los alemanes, en pro de la seguridad de la soberanía pontificia. La extinción de la línea masculina de los Babenberg en Austria había hecho concebir grandes esperanzas al joven y ambicioso príncipe del Sudeste del impe-

rio. A fines del año 1251, los Estados del Austria, cansados de las guerras de sucesión y de las luchas civiles que asolaban el país, confiaron en toda regla la soberanía al heredero de la corona bohemia, el cual se apoderó, sin resistencia alguna, de aquellos territorios. Casándose con Margarita, viuda del rey Enrique VII, —hijo del emperador Federico II que murió destronado y en una cárcel (1), —quiso dar á su situación la apariencia de un fundamento hereditario. Esto decidió en realidad de la suerte de la causa Staufen en Alemania, pues por la sumisión de Ottokar á la política pontificia, el Austria y los territorios vecinos fueron uno de los principales baluartes de los enemigos de Conrado IV. Por otro lado, rebelóse, proponiéndose conquistar la Estiria, el rey Bela IV de Hungría, á quien Inocencio IV había atraído á su causa prometiéndole una parte de la herencia de los Babenberg. En efecto, la Estiria fué horriblemente devastada por los húngaros y por las hordas de polacos y rusos que á su auxilio acudieron, mientras que un partido germano-nacional, dirigido por la nobleza del país, se negaba á someterse á la soberanía bohemia y á la húngara. Últimamente el papa, en 1254, puso término á la funesta contienda entre sus dos defensores por medio de un convenio en virtud del cual la Estiria se dividía en dos mitades, una para Bohemia y otra para Hungría, con lo cual ambos reyes prometieron seguir prestando su auxilio militar á la curia romana. Para Ottokar II, sin embargo, la sumisión al pontificado no era más que un medio para llegar al fin, pues se proponía aprovecharse de la impotencia del imperio, —pues cómo hubiera podido protegerlo Guillermo de Holanda?— para conquistarse un gran poderío en el Sudeste y librarse de la incómoda tutela que sobre él ejercía el papa. Parecía, pues, que iban á renovarse los tiempos de Bretislao de Bohemia (2) y que un gran imperio eslavo iba á ocupar el puesto que durante siglos había conservado Alemania.

En el carácter de un hombre de ambición tan desmedida como Ottokar de Bohemia no cabía el contentarse con triunfos á medias, y el estado de disolución en que se encontraba Alemania le incitaba á engrandecerse á su costa. Mientras como legislador atendía con prudencia y habilidad á la organización unitaria de su reino, se preparó para nuevas conquistas. La tentativa que hizo para apoderarse de la Baja Baviera fracasó, por resultado de la victoria conseguida por el duque Enrique en la batalla de Muhldorf (25 de agosto de 1257); pero pronto los desórdenes que estallaron en el arzobispado de Salzburgo le dieron ocasión para extender sus dominios por otro lado. El arzobispo Felipe, descendiente de la casa ducal de Carintia, había sido desposeído de su sede por sentencia del papa, á pesar de sus ideas extremadamente papistas, y á consecuencia de las instigaciones del cabildo catedral, que le era hostil. Reemplazado por Ulrico, que hasta entonces había sido obispo de Seckan, estalló la lucha entre ambos prelados, y mientras Ulrico se unía con Bela IV de Hungría, Felipe debió al poderoso auxilio de Ottokar la reconquista y conservación de su sede. En cambio con esta alianza se robusteció grandemente la situación dominante del rey bohemio en el Sudeste, pues se le unieron los nobles de la parte de Estiria que había pasado á ser de Hungría, y en la cual el hijo de Bela IV, Estéban V, apoyado por el clero, que era objeto de toda clase de privilegios, ejercía una dominación que entregaba tan rico país á las depredaciones de la nobleza húngara. En 1258 los húngaros fueron arrojados de allí á consecuencia de un levantamiento de la nobleza, en aquella ocasión protegida por Ottokar, el

(1) Véase mas arriba.

(2) Véase mas arriba.

cual se proponía de esta suerte abrir el camino que había de llevarle a la conquista de la segunda mitad de la Estiria. Por esta causa estalló muy pronto la guerra entre Bohemia y Hungría, durante la cual fueron cruelmente devastados aquellos florecientes territorios. Los húngaros, derrotados en Marchfelde (12 de julio de 1260), tuvieron que ceder a Ottokar la porción de la Estiria que ocupaban, y Ottokar entonces, señor de Bohemia y de sus comarcas vecinas el Austria y la Estiria, aliado con la casa de Carintia y especialmente con el arzobispo Felipe de Salzburgo, teniendo por vecinos a un lado la extenuada Hungría y a otro la amenazada Baviera, y estando en unión íntima con la curia romana, que por medio de él pensaba consumir la impotencia de Alemania, llegó a una situación que le ponía por encima de todos los príncipes del imperio y abría anchos horizontes a su ambición. ¿Puede parecer cosa desmedida que llegara a soñar con la misma corona imperial?

Entretanto, la muerte de Guillermo de Holanda, que había sucumbido a los golpes de los labradores frisones, había



Denario de Ottokar II, rey de Bohemia.—Bracteado bohemio.

para hacerse con un partido entre los círculos laicos. El hermano del rey Enrique III de Inglaterra, Ricardo de Cornwall, reunía estas cualidades, que parecían indispensables para ser rey de Alemania. Conrado, sin embargo, se encontró con resistencias por todos lados: los príncipes laicos estaban cansados de verse despojados por los arzobispos del Rin de los derechos que en punto a elección del rey les correspondían y de dejarse imponer uno tras otro varios reyes eclesiásticos, y algunos llegaron a pensar en elevar al trono al niño Conradino, idea que la curia acogió con una explosión de descontento y con la amenaza de excomunión para todos los partidarios de esta candidatura, la cual por consiguiente fué pronto abandonada. Pero el rey inglés designado por Conrado de Colonia tuvo que luchar contra otra clase de dificultades.

Las contiendas de sucesión habían corrido parejas en Alemania con el antagonismo entre Inglaterra y Francia, decidiendo de la organización política de la Europa occidental. Oton IV había perdido la corona en Bovines realmente por causa de las armas francesas, y Federico II había hecho valer sus derechos a la corona alemana a causa de las ventajas que le ofrecía Felipe II Augusto de Francia. Análogo era el estado de cosas que a la sazón se presentaba; solo que Francia tenía más imperiosos motivos para oponerse a las intrigas que desarrollaba en Alemania el arzobispo de Colonia en alianza con la curia romana, pues un príncipe inglés en el trono alemán significaba entonces la alianza de Inglaterra y Alemania contra Francia, cosa que hubiera sido un grave peligro para esta, dada la antigua y siempre renovada lucha con la nación inglesa. Por esto Francia trabajó con gran ardor en contra de la candidatura de Ricardo de Cornwall y, con ayuda del arzobispo Arnolfo de Tréveris, trató de conseguir que fuera elegido Alfonso X de Castilla, en cuyo favor había, además de sus importantes dotes personales,—que difícilmente hubieran podido aprovechar a Alemania,

proporcionado a los arzobispos del Rin, que habían proclamado las últimas sombras de reyes sin intervención de los príncipes laicos, la tan deseada ocasión de renovar el lucrativo tráfico con la degradada corona alemana. Parecía que Conrado de Hochstaden, arzobispo de Colonia, debía de ser el único que decidiera la cuestión y por tanto el único que sacara provecho de ella. El arrogante Gerardo de Maguncia había caído en poder del duque Alberto de Brunswick, a consecuencia de la parte que había tomado en la lucha de sucesión que estalló a la muerte de Enrique Raspe de Turingia, lucha que entregó la Alemania central a todos los horrores de una guerra sostenida con creciente salvajismo; y como este prelado no podía pagar el rescate que se le había exigido, permanecía encerrado en dura cárcel. Las antiguas alianzas de Colonia con Inglaterra, base del poderío económico y de la riqueza de esta metrópoli del Rin, inspiraron a Conrado de Hochstaden la idea de fijar su elección en un príncipe inglés, del cual era de esperar que sería simpático a la curia romana y que contaría con recursos suficientes

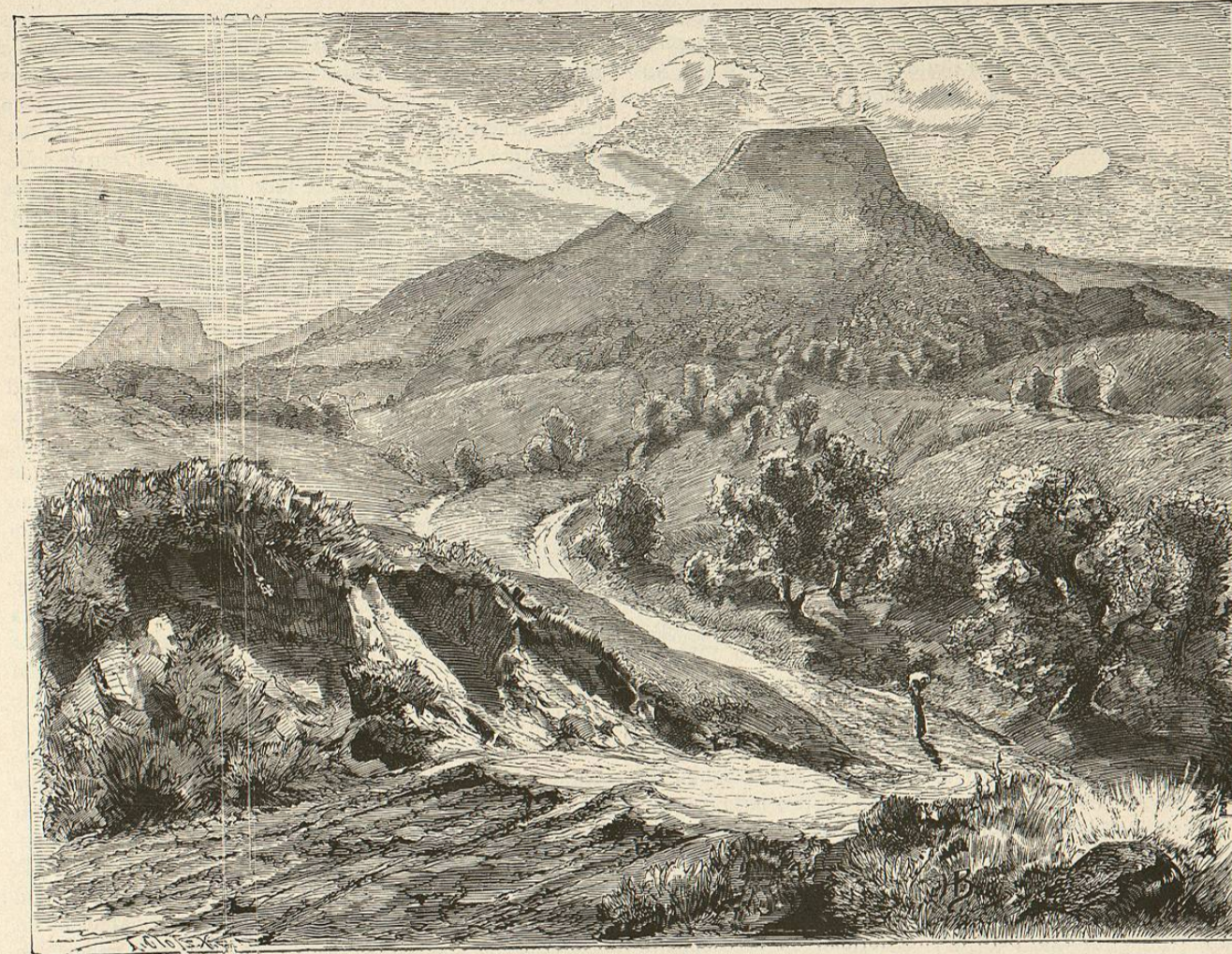
pues este país le era enteramente desconocido,—su parentesco con la familia Staufen. En efecto, Alfonso era, por su madre, nieto del rey Felipe de Suabia, de quien tan grata memoria se conservaba, lo cual bastaba por sí solo para que el partido papista abominara semejante candidatura. Mas embrollada se presentó la situación cuando los príncipes alemanes del Norte, cuyos intereses particulares no coincidían con los de los príncipes del Sur y del Oeste, que eran los que más influían en los asuntos del imperio, pensaron en dar al reino un monarca de entre ellos mismos elegido, para que se atendiera debidamente al Norte de Alemania, que se veía en un lamentable abandono y que apenas estaba unido al imperio por vínculos de derecho. Al efecto designaron al excelente ascanio el marqués Oton de Brandeburgo, que fué el tercer pretendiente a la corona alemana.

La resolución de este asunto, sin embargo, no estaba solo en manos de los príncipes, pues por vez primera, y en vista del desorden general, dejaron oír su voz las ciudades, y si bien no consiguieron una influencia directa, ni siquiera una participación en la elección, se consideraron con derecho a decidir de antemano si reconocerían o no al monarca que eligieran los príncipes. Una dieta que la confederación de ciudades del Rin celebró a raíz de la muerte de Guillermo de Holanda, dirigió a los príncipes, que tramaban ambiciosas intrigas, una excitación patriótica para que evitaran una elección reñida, poniéndose amistosamente de acuerdo sobre un solo candidato, a fin de que de esta suerte pudiera unirse nuevamente el despedazado imperio. En dicho documento se añadía que, en caso de resultar una elección doble, las ciudades no se decidirían por ninguna de las dos partes sino que permanecerían neutrales, de tal manera que no prestarían a una ni a otra lo que solo podía exigir de ellas un rey único. En cuanto a Ottokar II de Bohemia, era de esperar que no se mostrara tan comedido como las ciudades; este rey era suficientemente fuerte para apoderarse de la corona alemana,

no por lo que esta en sí significaba sino por lo que su posesión podía favorecer sus ambiciosos proyectos. Estos precisamente le habían atraído muchos é implacables adversarios entre los príncipes alemanes. Sin ser rey de Alemania, podía aun ensanchar sus dominios a costa de ella con mayor libertad que si se le confiaba su custodia; además, necesitaba todavía a la curia romana y debía por lo mismo evitar todo cuanto pudiera destruir la confianza que en su adhesión tenía y hacerle perder el favor de la Sede pontificia. Estas consideraciones movieron a Ottokar a ponerse al lado del candidato del papa, cuya impotencia prometía nuevas ventajas al

poder bohemio. Esto no obstante, quiso vender caro su voto, bien que no por dinero, como hacían los otros príncipes, y por esto cuando Conrado de Colonia se avistó con él para recomendarle a Ricardo, no contestó de un modo concreto y que le obligara, por más que se manifestó, en lo general, dispuesto a aceptar el candidato simpático al papa. Cuanto mayores fueran las discordias en el imperio, tanto más podía esperar el gran Estado checo.

Así se llegó a la elección doble, que tanto temían las ciudades del Rin. En enero de 1257 el obispo de Colonia, que se arrogó también el voto del de Maguncia, que todavía per-



Vista de Hohenstaufen

manecía prisionero, y los príncipes de su partido vendidos al oro de los ingleses, eligieron rey a Ricardo de Cornwall; y a principios de abril los adversarios de este, dirigidos por el arzobispo de Tréveris, proclamaron a Alfonso de Castilla jefe del imperio, invitándole por medio de una solemne embajada a que se presentara en Alemania para tomar posesión de los derechos y honores que le correspondían. Ottokar de Bohemia presenciaba todo esto con maligna alegría: sus plenipotenciarios se habían conducido de tal manera en la elección, que cada uno de los dos reyes creyó poder contar con el bohemio y procuró con afables demostraciones atraerle a su causa. Ciertamente Alfonso no visitó su pretendido reino, pero no por esto renunció su derecho a la corona, sino que confió su defensa al papa, que pretendía ser árbitro en la cuestión. En cambio Ricardo se presentó en Alemania en la primavera del año 1257 para recibir en Colonia la corona de manos de Conrado de Hochstaden y para repartir los tesoros que con

ella adquiría entre los codiciosos príncipes y magnates. Mas adelante se presentó otras dos veces en Alemania, pero no emprendió nunca nada serio para hacer que su monarquía fuese reconocida. Los dos reyes parecían existir solamente para ofrecer a los partidos, que se destrozaban mutuamente en interminables contiendas, un pretexto que disfracara el verdadero fundamento de sus luchas. El escaso valimiento personal que Ricardo se había granjeado con su presencia en las comarcas del Rin, lo perdió rápidamente desde que la creciente oposición de los Estados ingleses contra las costosas aventuras extranjeras emprendidas por el inquieto Enrique III aumentó las dificultades del interior del reino y desde que la lucha cada día más acalorada por los privilegios de clase, que el rey violaba, acabó por ser en definitiva una verdadera guerra civil. Entonces Ricardo se vió privado de los recursos sin los cuales no podía hacer valer su monarquía en Alemania, y al cesar las prodigalidades se disolvió su partido.